

## DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

### Introducción

Se reproduce aquí la clase inaugural dictada por Arturo Fontaine Talavera para la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Católica de Temuco el día 8 de mayo de 2024. El conocido conferencista es novelista, poeta y ensayista, nacido en Santiago de Chile el 9 de mayo de 1952. Su formación académica la realizó en la Pontificia Universidad Católica de Chile y en la Columbus University en Nueva York. Hasta la fecha es Profesor de la Universidad Adolfo Ibáñez y Universidad de Chile.

La conferencia se inserta en el actual debate acerca de lo que son las Humanidades y las diversas funciones que pueden y deben tener en el contexto político actual, tanto nacional como internacional.

Universidad Católica de Temuco  
Clase inaugural  
8/5/24  
Arturo Fontaine Talavera  
*Universidad de Chile, Chile*

Estimado rector, estimado vicerrector, estimado decano, directores departamento, jefes de carrera profesoras y profesores, estudiantes.

Me ha propuesto Juan Carlos Arellano dos tareas para hoy: primero, que aborde las humanidades, su por qué. Y, segundo, que también aborde la realidad política de hoy. Por cierto, estas tareas me superan. Pero en un exceso de optimismo lo intentaré.

El primer tema tiene historia en la filosofía. La pregunta es: ¿hay una diferencia entre el modo de conocer de las humanidades y las ciencias de la naturaleza o no?

Una respuesta es “no hay o no habrá” tal diferencia. Es la respuesta de los positivistas lógicos como Rudolf Carnap. Las ciencias naturales, como la física, son la única manera de acceder al conocimiento propiamente tal. Los métodos de la ciencia se ex-



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

tienden. Ha ocurrido en la economía y la ciencia política, ¿no? Las humanidades son entonces un mero residuo, un área gris y ambigua que todavía no ha sido objeto de un enfoque científico riguroso. Pero debería serlo el día de mañana. ¿No ocurre que en el futuro todo lo que existe será explicado a partir de fórmulas físico- matemáticas?

Por otro lado, autores como Humberto Vico en el siglo XVII, Guillermo Dilthey en el XIX, Isaiah Berlin en el XX, y otros posteriores —Thomas Nagel, Markus Gabriel, en nuestros días, por ejemplo— sostienen que sí hay una diferencia entre el punto de vista de las humanidades y las ciencias, y ambas son formas de conocimiento. Los apuntes que siguen van por este último camino. Son sólo pantallazos que buscan alumbrar diversos aspectos de esta cuestión.

Pero antes, ¿cómo opera el enfoque de las ciencias naturales?

Tomemos una ecuación:

$X = Y$  por  $Z$  al cuadrado

El físico nos da una interpretación de las variables de una ecuación de modo que retrate la relación entre ciertos fenómenos.

Así, por ejemplo, si en la ecuación  $X = Y$  por  $Z$  al cuadrado,  $X$ =energía,  $Y$ = masa y  $Z$  al cuadrado es el cuadrado de la velocidad de la luz, nos encontramos con la famosa ecuación de Einstein, lo que significa que la energía y la masa son equivalentes.

La ciencia moderna, cuyo paradigma es la física, organiza regularidades fenoménicas de tal modo que se las pueda manipular matemáticamente. Se logran así niveles de certidumbre muy superiores a los de las humanidades. Y, cosa muy importante y útil, es que a menudo permite predicciones cuantificables.

La ciencia emplea modelos que no son la realidad misma. Las interpretaciones de las variables se refieren a los objetos en condiciones ideales. Hay que alejarse de la realidad para conocer la realidad. La ciencia es como un mapa. Si un mapa coincide con el territorio deja de servirnos. Luego habrá que pasar del pizarrón a la realidad. Y ahí, a veces, surgen problemas. Volveré sobre esto.

Las hipótesis de la ciencia de verdadero interés no se contrastan con los fenómenos mismos. En la física no hay hechos, por un lado, e hipótesis por otro. Más bien lo que sucede es que grupos de teorías y leyes experimentales se contrastan con otros grupos de teorías y leyes experimentales. Pierre Duhem consideró que esto hace imposible el “experimentum crucis”.

Ejemplo: las diapositivas de Vesto Slipher que tienden al rojo (1912). Esto se considera una prueba de que las galaxias se alejan, de que el universo se expande. Sin embargo, ello supone una teoría de la luz y del efecto del movimiento sobre la luz. Ese es el marco de referencia. W.O.Quine amplió la idea de Duhem: “Las proposiciones que hacemos respecto del mundo externo no se enfrentan al tribunal de la experiencia sensible en forma individual, sino que sólo como un cuerpo colegiado.” En otras palabras, la ciencia elabora productos semielaborados. Y sus verdades siempre son revisables y corregibles.

Las ciencias realmente existentes no tienen, en verdad, **un** método común. En física las causas finales no existen. En cambio, en la biología se emplean constantemente. La función del hígado o de la tiroides, por ejemplo. Lo mismo en la biología evolucionista.

Las ciencias son más variadas de lo que parece. Y esa variabilidad está relacionada con los usos de las diferentes teorías. En muchos ámbitos la capacidad predictiva permite modificar la realidad. La ciencia nutre a la tecnología y, a su vez, la tecnología influye en la ciencia.

Martin Heidegger sostuvo que la ciencia moderna es toda ella tecnológica. Para ella la naturaleza es un material. Un material en el sentido de la expresión “material de construcción”. La posición de Werner Heisenberg, figura principal de la física cuántica, es muy cercana. “Las leyes naturales que se formulan matemáticamente en la teoría cuántica”, dice Heisenberg, “no se refieren ya a las partículas elementales en sí, sino a nuestro conocimiento de dichas partículas...Para ello, ha habido que hallar fórmulas matemáticas que expresaran, no la Naturaleza, sino el conocimiento que de ella tenemos”. La ciencia moderna no aspira a contemplar la naturaleza, sus principios mismos, como pensaban los griegos. ¿No está la ciencia inspirada en la voluntad de poder como planteó Nietzsche?

Nancy Cartright afirma (en su libro del 2017) que la distinción entre episteme y tecne, entre ciencia y tecnología —que proviene de Aristóteles— no es adecuada. Para ella la tecne puede propocionar “conocimiento genuino”. Quiere mostrar que la ciencia real, sus prácticas, indican que ciencia y tecnología se confunden. Ella piensa que el conocimiento científico “no es un saber que” (know that) sino “un saber hacer” (know-how”).

En la filosofía de la ciencia más que de voluntad de poder a lo Nietzsche, se habla de pragmatismo. Roberto Torreti hablaba de un “realismo pragmático.” Esto en oposición a un realismo que piensa que la ciencia es un espejo del mundo. Así, Hasok Chang (en su libro del 2022) plantea que la práctica de las ciencias revela un “realismo activo” que “calza bien con el espíritu empiricista-humanista” propio “del espíritu del pragmatismo.” En otras palabras, a su juicio, un realismo riguroso es empiricista y el empiricismo conduce al pragmatismo.

Los énfasis de estos distintos pensadores difieren, pero, a mi entender hay una zona de convergencia. Los criterios de cada ciencia se van determinando en su práctica, no a priori, y esa práctica busca abordar problemas, lo que se convierte en un poder transformador de la naturaleza. El humanismo aplicado a la filosofía de la ciencia, sostiene Chang, significa “considerar a la ciencia como una empresa humana, asumida por gente para satisfacer las necesidades de la gente, sean ellas intelectuales, materiales o sociales.” Las inquietudes de las humanidades penetran así en los laboratorios de los científicos.

Hoy, por ejemplo, nos angustia —y con cuánta razón— el calentamiento global producido por el uso de energía proveniente de combustibles fósiles. Un conjunto de gases como el dióxido de carbono, entre otros, se estacionan en la atmósfera y dificultan que el calor salga de ella. Es el efecto invernadero. Por eso nuestros glaciales se están derritiendo. El aumento del dióxido de carbono en la atmósfera se vincula con la revolución industrial y el uso de la energía del carbón, primero, y luego, petróleo, gas natural y gas licuado del petróleo. El capitalismo impulsó la revolución industrial, que se basó en una combinación de inventores, inversionistas y propiedad sobre las invenciones (las patentes). Por ejemplo, la máquina a vapor de James Watts —un técnico genial— fue posible en virtud de su asociación con un financista que compartió con él los frutos de la patente. Primero, Joen Roebuck, y luego, Mathew Boulton.

Esta combinación de factores sigue en auge en el mundo capitalista y sigue nutriendo la creación de nuevas tecnologías. El caso del Chat GPT, lo ilustra con claridad meridiana. La inteligencia artificial abre nuevas posibilidades para la ciencia, pero también para los estudios humanísticos. La tecnología moldea nuestro mundo como quizá en otros tiempos lo hizo la religión.

Así, la verdadera solución al calentamiento global no vendrá de los esforzados ciclistas que circulan por las ciudades ni de la admirable austeridad de los que quisieran refundar un mundo pastoril. Esas conductas ayudan por su valor testimonial, pero lo decisivo es que las grandes potencias industriales, que son las que más contaminan, desarrollen nuevos combustibles. Son decisiones políticas de gran envergadura. La solución a los peligros de la ciencia y la tecnología es mejor ciencia y mejor tecnología. Los vehículos eléctricos y el hidrógeno verde como combustible, como se sabe, están llenos de posibilidades. Y necesitamos más bosques. Lo digo aquí en La Araucanía, tierra de bosques. El punto es: queramos o no, nuestro destino humano está ligado índisolublemente a la ciencia y la tecnología.

“Allí donde crece el peligro, crece también lo que nos salva”, escribió el poeta Hölderlin.

No es posible devolvernos a un mundo pastoril, a una Edad de Oro por la simple razón de que eso nunca existió. De la naturaleza, en la Edad de Oro, manaba leche y miel. Es incluso un mundo vegano, pues la miel nace de los ríos, no de las vacas, y nadie come carne.

“Corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban, y doradas, desde la verde encina, goteaban las mieles”, dice Ovidio.

Don Quijote y Sancho, una noche se encuentran con unos cabreros. Les convidan un queso duro, agua en un cuerno y unas bellotas avellanadas. Don Quijote las tomó en un puño “y mirándolas atentamente” dijo:

“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados... porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto”. Los cabreros lo oyen estupefactos.

Como dice don Quijote, la Edad de Oro es un mundo sin propiedad privada porque es un mundo sin escasez. Por tanto, no hay trabajo, ni comercio, ni violencia y, por tanto, no hay Estado. En la Edad de Oro no hay conflicto humano pues no hay escasez. Esto lo vio claro David Hume. Karl Marx sigue a Hume cuando postula — por ejemplo, en la “Ideología Alemana”— que en el trascurso de la sociedad sin clases irá desapareciendo la escasez, y, por tanto, irá desapareciendo el Estado. Pero como planteó Thomas Hobbes, el conflicto humano se debe a varios factores, y uno de ellos es la lucha por la gloria, es decir, por el prestigio, el reconocimiento. Aún sin escasez subsistiría esta razón para el conflicto.

Las descripciones de la ciencia, en cierto modo, crean una realidad paralela a la nuestra. ¿Qué quiero decir? Por ejemplo, la ciencia puede describir nuestras sensaciones, pero en ellas la sensación misma desaparece. Una frase musical de Bach puede ser descrita como una serie de vibraciones de las ondas de sonido. Helmholtz fue un pionero en este campo. Un tono es la regularidad de una vibración que se puede graficar. Sin embargo, esa descripción científica no nos hace sentir el tono, no refleja nuestra experiencia de la música. Es una explicación que la sustituye. Y aquí aparece lo propio de la verdad de las humanidades y su diferencia de la verdad de la ciencia naturales.

Berlin sostiene que la física de Ptolomeo fue sobrepasada por la física moderna. Nadie lo duda. Sin embargo, dice Berlin, sería “absurdo afirmar que la teoría política de Platón o de Aristóteles, que la ética o estética de Kant han sido superadas.” Juan Carlos Arellano ha escrito un libro con una tesis interesante sobre Portales y Maquiavelo. Ese libro se construye sobre el supuesto de que los conceptos esenciales de la teoría de Maquiavelo permiten entender la conducta de un estadista del siglo XIX chileno.

¿Por qué? Porque la naturaleza humana, afirma Berlin, es más estable que las ciencias. Sólo “con la imaginación más de un novelista que de un lógico,” escribe Berlin, se puede entender qué nociones de la naturaleza humana se incorporan” a tal o cual cultura. Sólo así se pueden comprender valores, usos, creencias de una cultura o, incluso, de una posición ajena. En la historia se da, entonces, un tipo de conocimiento que no es científico. La idea de Berlin es que las ciencias ven la naturaleza desde afuera y las humanidades ven la cultura desde adentro. Y en eso la imaginación juega un papel.

Adam Smith llamó “simpatía” a esta capacidad de sentir con otro que es, en su filosofía, el nexo fundamental de la sociedad. “Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de otros de tal modo, que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciársela”, escribió. Incluso el miedo hobbesiano, entonces, se potencia por la simpatía, por la posibilidad de ponerse en el lugar de las víctimas. Imaginar pasa a ser un modo de conocer. Para el novelista que les habla esta valoración del poder iluminador de la imaginación es crucial.

Nuestro cerebro para la mirada de la neurociencia es un órgano que se explora como otros órganos. Las sustancias psicotrópicas actúan sobre los neurotransmisores y, por ejemplo, pueden levantar el ánimo. El cerebro es así intervenido como se interviene la naturaleza, el cerebro es aquí un objeto.

Pero si queremos conocer las intenciones o valoraciones de alguien, nos aproximamos a ella en cuanto persona humana y eso supone ponerse en el lugar del otro. Es lo que ocurre cuando un psiquiatra diagnostica una depresión y receta, luego, una sustancia estimulante. La base del diagnóstico supone usar criterios respecto a conductas y reacciones “normales” respecto de las “anormales”. Entender que un paciente tiene depresión requiere una mirada humanista aplicada al caso particular de alguien. Un sujeto juzga a otro sujeto desde adentro. El funcionamiento del psicotrópico en las sinapsis neuronales es, en cambio, asunto de la ciencia.

Roger Scruton, en su libro del 2017, afirma que la autoconciencia humana permite una “genuina perspectiva de la primera persona a partir de la cual se distingue lo que las cosas parecen ser para mí de lo que parecen ser para ti.”

El “yo” no es una isla. Como sostiene Hegel mi “yo” depende del reconocimiento de los demás. Soy para mí en gran medida porque soy un “tú” para otro. Y el punto de vista del yo, del sujeto, recae sobre los objetos, pero no es uno más de ellos. Es lo que Kant llamaba “sujeto trascendental”: una mirada, una presencia que está siempre presente cuando percibimos las cosas del mundo, pero no es nunca una de ellas.

No es que haya, entonces a lo Descartes, una sustancia, una *res cogitans* frente a la materia, la *res extensa*, no. Wittgenstein puede ayudarnos a entender la idea. Wittgenstein, sugiere que si te dicen: mira esa cara, “lo importante es la expresión, no su color, tamaño, etc.” Y luego te dicen: “Bueno, danos la expresión sin la cara”... Hay algo ahí que no funciona (Wittgenstein, 1967, p. 30) La cara no es la expresión, pero la expresión sólo se dibuja en la cara. Scruton usa un ejemplo del mismo tipo. Observamos en un cuadro manchas de color, líneas. Pero también podemos ver ahí una cara. Ver sólo colores y líneas en una tela es correcto. Pero no es todo: hay también ahí una cara. Sin las pinceladas la cara no existe; pero verlas como una cara es algo más que verlas como meras pinceladas.

Uno puede ser “entendido de dos maneras”, escribe Scruton: “como un organismo y como una persona. Al dirigirte a mí como un “tú”, te diriges a mí como persona y me estás pidiendo que responda como un “yo”. Toda idea de celebración o repudio, toda atribución de responsabilidad moral o legal se basa en esto. La sustancia psicotrópica, en cambio, como dije antes, actúa sobre mi organismo. El psiquiatra al diagnosticar una depresión me considera una persona. La psiquiatría moderna exige esta doble mirada.

Esta doble mirada se da, por cierto, en las ciencias sociales. Hay en la economía, la ciencia política, la sociología, el derecho enfoques descriptivos análogos a los de las ciencias naturales. Regularidades encontradas en los fenómenos son modeladas y llevadas al lenguaje matemático, a la estadística, por ejemplo. A partir de las correlaciones establecidas se descubren cosas nuevas y se pueden hacer predicciones.

Pero los seres humanos piensan. Las predicciones son tomadas en cuenta y forjan expectativas. Y esas nuevas expectativas modifican los comportamientos previstos. Eso no ocurre con los objetos de la naturaleza.

La teoría política emplea conceptos como “igualdad”, “libertad”, “legitimidad”, “orden”, “violencia”, en fin. Son conceptos valorativos o normativos. Suponen que en la polis actúan seres humanos como los que somos. Al asumir criterios normativos, ya no estamos ante descripciones científicas, sino que nos encontramos en el campo de las humanidades.

Las reflexiones anteriores han querido mostrar el por qué de las humanidades pensando desde ellas. Agrego esta tesis: las humanidades se cultivan en el lenguaje natural. Las ciencias se ejercitan idealmente en lenguaje matemático. Por cierto, las ciencias usan el lenguaje natural y recurren a analogías, por ejemplo. Pero mi punto es que **aspiran** a expresar su lectura de las regularidades fenoménicas a través de un lenguaje matemático. Por eso digo que las ciencias se ejercitan **idealmente** en lenguaje matemático.

El lenguaje natural es variado, matizado, valórico, tentativo. Gottlob Frege distingue en el lenguaje natural tres ingredientes: primero, lo denotado o referido; segundo, el sentido o modo en que se presenta un objeto; y, tercero, la coloración (“Färbung”). También usa el término “Beleuchtung”. Michael Dummett tradujo esto como “tono”. Quizá, en castellano, podríamos decir “tonalidad”.

Su ejemplo más famoso para distinguir lo denotado y el sentido es el lucero de la mañana y el lucero vespertino. Ambas expresiones denotan el mismo planeta, Venus. Pero los diferencia el modo en que se presentan, es decir, su sentido.

$4 = 2+2$  y  $3+1 = 4$  difieren en sentido, pero no en cuanto a lo que denotan, vale decir, el número 4.

La “tonalidad” es una característica propia de los lenguajes naturales. La referencia de los términos “transpiración” y “sudor” es la misma. Sin embargo, no es lo mismo decir que alguien estaba transpirando o que estaba sudando. Frege estima que estas diferencias tienen que ver con asociaciones meramente subjetivas, estados de ánimo, sentimientos. Frege al respecto es peyorativo. “Estos matices o énfasis no son objetivos” argumenta Frege. La tonalidad es algo exclusivo de los lenguajes naturales y desaparece en los lenguajes formales y matemáticos.

Sin embargo, en su libro del 2013, Richard Kortum, sostiene que esa “tonalidad” de los lenguajes naturales sí tiene valor cognitivo. Porque hay contextos en los que el término “transpiración” no puede ser sustituido, salva veritati, por el de “sudor”. El uso de un término u otro puede sugerir algo respecto de la mirada y actitud del hablante respecto del fenómeno. Y esta característica, propia del lenguaje natural, traspasa información. Lo que Frege llama “tonalidad” en el lenguaje natural —y no existe en el lenguaje matemático o formal— tiene, sin embargo, valor cognitivo.

Para Wittgenstein entender una oración es entender que puede ser reemplazada por otra que dice lo mismo. Sin embargo, también entender una oración es entender que eso que se expresa sólo puede ser expresado “con esas palabras en esas posiciones.” Y agrega un ejemplo: entender un poema. Pablo Neruda comienza así su poema “Entrada a la madera”: “Con mi razón, apenas, con mis dedos/ con lentas aguas lentas, inundadas”... Se trata de algo que sólo puede decirse con esas palabras y en ese orden.

Al escribir esto recuerdo de golpe que Neruda estudió aquí, en el liceo de Temuco, y que su profesor Eduardo Torrealba, fue decisivo. Gracias a él leyó a Baudelaire, a Rimbaud, a Verlaine.

Las humanidades asumen, entonces, el lenguaje natural con sus virtudes y defectos. Se entreveran en él juicios descriptivos y normativos. Argumentar, por ejemplo, en favor de la separación de poderes nunca tendrá la objetividad y certidumbre de una demostración matemática. Comentar una obra de arte, por poner otro caso, es tratar de traspasar una experiencia. Pero el lenguaje natural, creo, es nuestro modo de acceder a la conducta de las personas como personas. Y no tiene sustituto.

Un desafío para el académico, sugerí, es el paso del modelo a la política pública, del pizarrón a la recomendación que busca influir en la realidad. En el caso de las ciencias sociales en este paso se producen, quizá, los mayores errores. ¿Por qué? Porque ese paso exige incorporar un punto de vista humanístico. Y supone entender qué es conveniente y posible aquí y ahora. Hay que considerar factores técnicos a la luz de las circunstancias imperantes en un momento dado. Hay que ponerse en el lugar de otros y anticipar reacciones y conductas. En una palabra, se trata de recomendar o de tomar decisiones políticas. Aristóteles considera que la principal virtud de la praxis es la “frónesis”, que se tradujo al latín como “prudencia”. A diferencia de la inteligencia teórica se trata de una inteligencia práctica. Las decisiones políticas y empresariales exigen “frónesis”. Se trata de decisiones prudenciales.



Después de muchos años de adhesión al parlamentarismo publiqué el 2021, un libro en favor del presidencialismo. Por cierto, abordo las razones en pro del parlamentarismo y el semipresidencialismo que aparecen en la literatura académica. Pero mi argumento es que, en una sociedad como la chilena, dada su tradición y sus expectativas, despojar al pueblo del derecho a escoger a su gobernante y trasladar ese derecho a los parlamentarios sería un cambio inexplicable. El nuevo régimen carecería de legitimidad. No bastan los datos y los razonamientos estadísticos para hacer este juicio. Hay que imaginar, junto con ellos, qué pasaría, cómo actuarían las personas. Adopto esta posición, entonces, no desde el punto de vista de la ciencia positiva o descriptiva, sino desde un punto de vista normativo, vale decir, humanístico. Y este enfoque, esta deliberación, está puesto al servicio de una decisión a tomar aquí y ahora.

El horizonte inmediato era el proceso constituyente. Refundar el régimen político era parte de la agenda. Pero la discusión sigue vigente.

En efecto, el proyecto del gobierno actual, que crea el Ministerio de Seguridad, transforma al Ministro del Interior en un “jefe de gabinete”. Se retoman ideas discutidas y rechazadas en la propia Convención. A mi entender, se pone así en marcha un proceso evolutivo que no irá en la dirección de un parlamentarismo o semipresidencialismo propiamente tal, sino que nos reconducirá a un sistema semipresidencial de facto y sin disolución del Parlamento, al estilo del que tuvimos entre 1891 y 1925. Es un régimen que consagra institucionalmente la irreponsabilidad del Parlamento y de la Presidencia.

Lo han notado: me pasé, sin darme mucho cuenta, de la teoría filosófica al análisis de la realidad política de hoy. Es la segunda tarea que Juan Carlos me ha encomendado.

Se han escrito cerca de veinte libros sobre el “estallido social” del 2019. El más revelador, a mi juicio, es el de Rodrigo Karmy, escrito en medio del fragor de la lucha. No es un estudio científico. Es un intento de entender políticamente una revuelta política concreta y desde adentro, desde la izquierda radical. Es un libro que se inscribe plenamente en el campo de las humanidades. La tesis de Karmy es que la revuelta tuvo un carácter derogatorio. Habla de una “asonada popular” que encarnó “un momento destituyente” y que no “cristaliza en un poder.” La “revuelta” o “asonada” no instaaura, sino que revoca.” Con todo, a su juicio, se trató de “una violencia redentora.”

En la gran marcha pacífica del 25 de octubre, no había lienzos de partidos y sí de una infinidad de causas desde la educación pública al animalismo. Las demandas más concretas eran el alza de las pensiones y mejoras en salud. El ambiente era de crítica frontal a las elites de cualquier tipo, golpeadas todas ellas por una sucesión de escándalos.

La clase política, que no dirigía el proceso, interpretó todo esto como una voluntad de cambio radical. El símbolo fue una nueva constitución. Como plantea Ernesto Laclau, una demanda específica se transformó en metáfora de todas las demás. Sin embargo, la desilusión que causó la Convención y el amplísimo rechazo de su propuesta quitaron credibilidad a la idea de que una nueva constitución era la llave del mañana.

En efecto, en la encuesta Cadem de fines de marzo del 2023, la opción de rechazar la nueva propuesta constitucional le sacaba 10 puntos de ventaja a la opción de aprobarla. En ese momento, todavía no había proyecto. Ni siquiera habían sido elegidos los consejeros. Pero ya la mayoría estaba en contra. La Constitución como metáfora de todos los cambios había dejado de funcionar. Esa diferencia de 10 puntos se mantuvo las 26 semanas siguientes, salvo 1, la inmediatamente posterior a la elección de los consejeros. Y fue el margen por el que el segundo proyecto fue derrotado.

Se afirma en todos o casi todos los libros sobre el estallido que la principal causa del malestar es la desigualdad. Creo que hay que reinterpretar ese malestar. La desigualdad en Chile es gigantesca. Por ejemplo, lo es en oportunidades educacionales, lo que marca el futuro de la mayoría de los jóvenes a temprana edad. Esta injusticia tenemos que enfrentarla. Con todo, la desigualdad misma, según el coeficiente Gini, no ha aumentado, incluso ha disminuido, levemente.

Lo que pasó a partir del 2014 es que Chile dejó de crecer. Fue el gran cambio, la gran ruptura. En 1990 el PIB per capita era de US 4.500. El 2013 llegó a US 22.439. Desde entonces se estancó. Y la población se había acostumbrado al crecimiento y lo daba por sentado. La bicicleta necesita cierta velocidad para mantenerse en equilibrio. El economista Sergio Urzúa ha mostrado que los que tienen entre 26 y 35 años, vieron que sus ingresos reales del trabajo sólo crecieron 0.6% entre 2011 y 2020. Los ingresos de los que tienen entre 18 y 25 cayeron en más de un 1%. En cambio, los que tuvieron de 26 a 35 años entre los años 1990 y 2011, tuvieron alzas reales de sus ingresos del orden del 6%. Y los ingresos de los que tenían de 18 a 25 años entre 1990 y 2011 subieron del orden del 7% real.

Estas cifras muestran los motivos económicos que hay detrás del malestar. Y sugieren que la división generacional que se observa respecto de los “treinta años” tiene bastante que ver con que a unos y a otros les tocó vivir en países diferentes.

Estos datos económicos tuvieron un correlato en la percepción de la ciudadanía. Según la encuesta CEP, el 2012, un 46% opinó que Chile estaba estancado. El número llegó al 51% el 2014, a 62% el 2015, al 67% el 2017, su registro más elevado.

A eso se agregan expectativas más altas debido a la expansión de la matrícula universitaria sin una mejora correspondiente en la calidad de la enseñanza escolar. El hijo primera generación en la universidad imagina un futuro mucho mejor que el de su padre que no tuvo esa educación. Si no ocurre se acrecienta la frustración. Porque

se suma la idea de haber sido engañado por el sistema. Según un informe de la Unesco del 2018, Chile tiene una mayor proporción de su población en la educación superior que Francia o Suecia. ¿Necesitará nuestra economía más graduados de la educación superior que Francia o Suecia?

Una encuesta de Sociología de la Universidad de Chile, hecha en la Plaza Baquedano durante el estallido mostró que un 42% de los manifestantes habituales tenía título universitario y un 10.4%, postgrado. El espíritu derogatorio que Karmy detecta, sin duda, estaba ahí. Una parte de los manifestantes de entonces sigue convencida de que es necesario derrocar o superar el capitalismo. No es tan claro qué debe sucederlo. Sin embargo, el eco que tuvo la revuelta más allá de los sectores ideologizados, es probable que se vincule con la frustración económica en que viven los jóvenes.

La revuelta dejó al desnudo la debilidad de la policía. Por una parte, esos cartuchos de caucho que, en verdad, contenían bastante plomo, produjeron las violaciones a los derechos humanos que conocemos: 445 heridas oculares y 34 pérdidas o estallidos oculares. (Informe INDH, 18/2/20) Por otra parte, según informó CIPER, a fines de octubre había 87 carabineros con heridas graves. (Ciper, 31/10/19). Carabineros no estuvo a la altura. Ni en formación y entrenamiento, ni en tecnología, ni en número. La manifiesta ineffectividad de Carabineros para controlar la violencia es lo que le abrió las puertas a la delincuencia, el narcotráfico y a la sociedad de la impunidad. Esa ineffectividad nos pone hoy cara a cara ante la impotencia del Estado, cuyo fin principalísimo es el control de la violencia.

Hoy añoramos el orden, es decir, lo que San Agustín llamó “la tranquilidad en la paz.” Vivimos la gradual aparición del estado de naturaleza que describe Hobbes. Pero la ciudadanía está reaccionando. La valoración de Carabineros en las encuestas va en alza acelerada. Los alcaldes piden más policías en sus municipios. El peligro es que la reacción y las dificultades para tomar decisiones políticas nos lleven a un régimen populista- autoritario. El apoyo que tiene en Chile Nayib Bukele, según las encuestas, es una señal preocupante.

Si se examinan las prioridades de la población, el cambio es indudable. Según la encuesta Pulso Ciudadano, en noviembre del 2021 las prioridades eran, primero, delincuencia (31.6% de las menciones) y, segundo, pensiones (27.9%). En abril de este año 2024 las prioridades son, primero, delincuencia a gran distancia. (48.6% de las menciones); segundo, inmigración (34.4%). Las pensiones caen al número 11 (sólo un 12.4% de las menciones) Más importantes son la inflación, el narcotráfico, la economía, en fin, La desigualdad, que el 2021 obtenía el 18.4% de las menciones, ahora consigue sólo un 8.6%.

A mí me parece que las prioridades políticas hoy debieran ser seguridad, crecimiento económico sostenible y sano, desde el punto de vista ecológico, y educación, por su valor en sí misma para las personas, y para mejorar la movilidad socioeconómica.

Pero el desafío es inmenso. Se necesitan cambios mayúsculos. Por cierto, la fragmentación del Parlamento hace difícil tomar esas decisiones. Con 22 partidos más los independientes, los costos de transacción en el Congreso son muy elevados. En el libro que mencioné propuse disminuir el número máximo de representantes de los distritos de 8 a 5, realizar las elecciones parlamentarias junto con la segunda vuelta presidencial y que Servel controle las elecciones internas de los partidos para avanzar en su democratización. Hay que reconocer el pluripartidismo. Pero, a su vez, tenemos que facilitar la gobernabilidad.

Según los estudios de Shugart y Taapera del 2017, las dos dimensiones institucionales que determinan el número de listas electorales (partidos o alianzas) son el número total de parlamentarios y el promedio de representantes por distrito. La ley electoral del 2015 modificó ambas dimensiones y la fragmentación causada está a la vista.

La elección de los diputados y de la mitad de los senadores junto con la segunda vuelta presidencial hace probable gobiernos de mayoría. Es, a su vez, una medida anti-fragmentación. La idea prosperó en la Comisión Experta. No, en cambio, en la Convención ni en el Consejo Constitucional. El argumento en contra: el temor a una avalancha. Más conservador es elegir en la segunda vuelta a la mitad de los diputados (y a la mitad de los senadores). Pero eso exige una transición durante la cual la mitad de los diputados, por una vez, duraría 8 años. ¿Será posible acordar algo así?

Me inclino además por prohibir los pactos electorales y establecer un mínimo de 5% de votación para llegar al Parlamento y para obtener financiamiento público de las campañas electorales. En el caso de los candidatos presidenciales, para acceder al financiamiento del Estado, ese número debiera subir quizá a un 10%.

En cuanto a los díscolos creo que hay que establecer sanciones, como pérdida parcial de la dieta y otros beneficios. Pero la pérdida del escaño —tal como afirmó la Comisión de Venecia— parece una sanción no democrática.

La gran dificultad para introducir reformas al sistema electoral es que, como sabemos, los parlamentarios tienen al respecto insalvables conflictos de interés.

Por otro lado, no hay un clima favorable a los acuerdos políticos. Así es muy arduo aprobar reformas electorales. Ojalá los académicos podamos ayudar a crear un clima de mayor amistad cívica.

Concluyo aludiendo a una comedia de Aristófanes que se llama “Lisístrata”. Aborda la guerra de Esparta y Atenas. En esta comedia, un general ateniense confiesa que las negociaciones con Esparta no prosperan porque “no escuchamos lo que dicen, sino lo que no dicen y sospechamos, y así no traemos las mismas noticias sobre las mismas cosas.”

Siento, a veces, que es lo que nos pasa. No creemos en lo que dicen nuestros adversarios sino en lo que no dicen y sospechamos.

Muchas gracias

### **Sobre el autor**

ARTURO FONTAINE TALAVERA se graduó en Filosofía en la Universidad de Chile y en la Universidad de Columbia (Nueva York), donde fue alumno del famoso crítico de arte Arthur Danto. Allí participó activamente en el taller literario dirigido por Manuel Puig, con quien trabó amistad, y también en los seminarios de los poetas Derek Walcott, Joseph Brodsky y Seamus Heaney, entre otros. De vuelta a Chile, participó en el taller de José Donoso y, simultáneamente, impartió un seminario de Estética en la Universidad de Chile. Novelista, ensayista y poeta, se le considera uno de los autores más representativos de la nueva narrativa chilena. Sus artículos literarios se han publicado en medios como Letras Libres, El Mercurio y Nexos, entre otros. En agosto de 2017 ingresa como miembro de número en la Academia Chilena de la Lengua. Correo electrónico: arturofontaine13@gmail.com.

## CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

### EDITOR

Matthias Gloël

### COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

### CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

### TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

### SITIO WEB

[cuhso.uct.cl](http://cuhso.uct.cl)

### E-MAIL

[cuhso@uct.cl](mailto:cuhso@uct.cl)

### LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)